



XV.

En el Mes de María.



MAYO ha venido.

Festivos le saludan juguetones pajarillos, que en las ramas de los árboles frondosos sus amores cantan.

La naturaleza se ha engalanado para recibirle; el campo se ha cubierto de verdor y lozanía, los árboles de flores que embalsaman el ambiente, la atmósfera se ha templado... Todo parece que adquiere vida y vigor, todo sonríe dándole á Mayo la bienvenida.

Bien venido seas, hermoso mes de María, tú, que con tus flores y tus encantos

enciendes en celeste amor los corazones sensibles y puros: bien venido seas.

¡Cuánto placer causas á las almas puras, cuando te dejas ver ataviado con tu bello manto de matizadas flores, convirtiendo el mundo en un inmenso y delicioso pensil!

¿De dónde vienes tan placentero?

¿A dónde vas tan engalanado?

¡Ah! ya lo sé: á celebrar las glorias de mi madre Inmaculada.

Yo también contigo cantarlas quiero.

Lleve el eco de mi voz la fresca brisa, que ligera corre besando en su camino el capullo de la flor, cuyos pétalos se abren para recibir el rocío de la mañana; llévelo, y hágalo resonar en el templo santo á los piés de la Inmaculada, diciéndola respetuoso que la amo.

Sí, María, te amo; tú lo sabes. Sí, dulce Madre, te amo, te adoro y te alabo con todas las obras de la Creación.

A Tí alaba la rosada aurora, cuando risueña asoma por el Oriente:

A Tí el bello sol, cuando majestuoso marcha á ocupar del horizonte la etérea cumbre:

A Tí las pintadas avecillas, que de flor en flor trinando vuelan:

A Tí el frondoso arbusto, cuyos verdes pimpollos las auras de la mañana jugando besan:

A Tí el agreste monte, que, bajo las influencias del benéfico Mayo, recibe nueva vida:

A Tí el inculto valle tapizado de menuda yerba y silvestres florecillas:

A Tí el ameno campo, que ufano ostenta entre el verdor de las mieses el encendido color de la amapola.

Todos los seres de la Creación bendicen tu nombre, Madre Pura.

Hasta el blando céfiro, que gallardo mece la enorme copa de colosales pinos, parece que entre la espesura del bosque con suaves acentos dice: María...! María...!

Y el manso río, en cuyas nítidas corrientes el sol se mira, recoge ese acento misterioso, y en la inmensidad de la campiña repite susurrando: María...! María...!

Y las olas, que silenciosas y rápidas se escapan, comunican al mar vecino ese eco

celestial; y entre el sordo murmullo de sus espumosas ondas, absorto el navegante oye decir: María!... María!...

*
**

Así festeja el mundo inanimado á la Reina de los Cielos; y el hombre, el rey de la Creación, no alabará á la Hija del Príncipe de las eternidades?

Y nosotros, sus hijos, ¿dejaremos en Mayo de tributar justos obsequios á nuestra Madre celestial?

¡Nó! mil veces nó; queremos también alabarla.

Ea pues, niños candorosos, que con balbuciente labio expresáis los sentimientos del corazón; vosotros debéis ser los primeros en alabarla; porque vuestras almas son blancas, como el ampo de la nieve, puras como el cáliz de la azucena, y Ella es la Madre de la pureza y del candor. Postraos, pues, á sus plantas, y con infantil acento decidle cariñosos: Bendita sea tu pureza...

Doncellas inocentes, que no habéis aspirado aún el venenoso aliento del pecado; vosotras, en cuyos pechos no arde la abrazadora llama del amor profano; vosotras, que sólo tenéis pensamientos de pureza y sueños de candor; vosotras, ángeles de la tierra que embelesáis á los del Cielo con vuestras sonrisas virginales; demandad al querube sus acentos de amor, y cantad á la Virgen con toda la ternura de vuestras almas, diciéndole fervorosas: Bendita sea tu pureza...

Hijas de María, adornad el altar de vuestra Madre con las perlas de Mayo, con esas flores de alba vestidura y dorado seno, para que esparciendo su fragante esencia perfumen su morada celestial.

Entonad los himnos de las vírgenes de Sión, los cánticos de aquellos célicos coros, que ahuyentan la tristeza con las dulces pulsaciones del arpa santa, y pedidle que os llevè al Paraíso á respirar el aroma que exhalan las flores del Edén.

Pedidle, ay! no lo olvidéis! pedidle por su pueblo escogido, por la desventurada España.

¡Oh, cuántas cosas pudiera ésta ofrecerle, si no hubieran penetrado en su envidiado suelo el libertinaje y la irreligión!

¡Oh, cuántas preciosidades se crían bajo el terso cielo de la deliciosa España!

Ella posee floridos valles, verdaderos trasuntos del Paraíso.

Ella tiene amenísimas praderas, donde con quietud se gozan las delicias del Edén.

En sus montañas nacen ríos caudalosos, que serpean entre cármenes floridos, donde se crían plantas olorosas y frutas más rubias que auríferas arenas.

Ella tiene dilatados mares, cuyas playas crían nacaradas conchas, que encierran perlas de gran valor.

De perlas y corales formar pudiera preciosísimo collar para circundar su nívea garganta.

Con sus diamantes y joyas formar pudiera riquísima corona para ceñir sus sienes virginales.

¡Oh, cuántas cosas pudiera España ofrecer á María, si no hubieran penetrado en su envidiado suelo el libertinaje y la irreligión!

Pero ya que ella olvida ingrata los favores que de su augusta Patrona ha recibido, vosotras, hijas de Sión, ofrecedle con las flores de Mayo la pureza de vuestras almas, y el amor de vuestros corazones.

*

* *

Jóvenes incautos, vosotros que soñáis hallar en el mundo vergeles de flores puras, y sólo halláis agudas espinas que abren en vuestras almas la profunda herida del dolor y del remordimiento; vosotros, que corréis afanosos tras mentidas ilusiones, tras el néctar ponzoñoso del amor profano, para apagar la sed que á vuestras almas martiriza; infelices! si queréis que los días de vuestra existencia sean tranquilos y alegres, apartad la vista de ese mundo seductor; venid á los pies de María, contadle vuestras penas y Ella os consolará. Dirigidle un suspiro afectuoso, y no os apartéis de su amable presencia sin decirle entusiasmados: Bendita sea tu pureza...

Decrépito anciano, tú que con pasos presurosos al sepulcro caminas; tú que pronto te verás en aquellas regiones misteriosas, de los vivos nunca holladas; si quieres que la Virgen te preste allí sus auxilios y te corone con flores eternas, ven, llégate ahora á su altar, y con trémula mano deposita en él flores de amor y gratitud: besa el suelo con su presencia santificado, diciéndola enternecido: Bendita sea tu pureza...

Y vosotras, almas descreídas, que del benigno Cielo los ojos apartando, véis correr en desconsuelo los días azarosos de vuestra vida; desdichados! si queréis que la gracia, que á torrentes mana de los labios de María, haga brotar en vuestros corazones la dicha y la tranquilidad, venid, implorad su patrocinio y saludadla diciendo: Bendita sea tu pureza...

Mas ¡ay! vosotros, dichosos y privilegiados seres, á quienes el Angel de la armonía inspira cánticos sublimes: demandad hoy al querube su cándido laúd; rompan el aire vuestros melodiosos cantos rara vez oídos en este de dolor aciago suelo; entonad á la

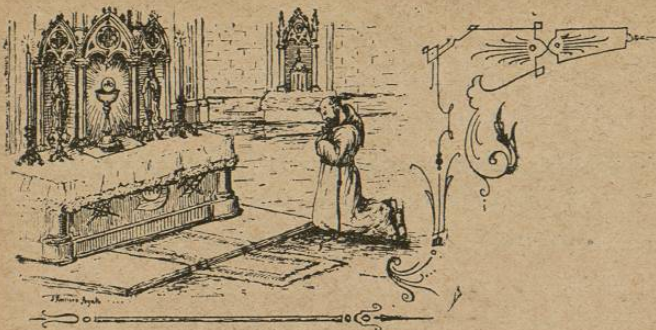
Virgen cantares de alabanzas en este destierro miserable, donde el hombre, lejos de su patria, peregrino llora, sin alivio en su penar; pulsad la dorada lira en honor de la Inmaculada, y sus armoniosos ecos llevados en alas del céfiro suave, haga resonar por todo el universo las glorias de María.

Dichosos de vosotros, á quienes es dado las grandezas de la Virgen en concertados himnos celebrar; recibid benignos el homenaje de gratitud que un devoto de María reconocido os ofrece.

Cantarle quisiera con vosotros, cual triunfante ruiseñor; pero ya que tanta dicha negada á mis deseos deploro con dolor; á lo menos cual solitaria tortolilla que en el bosque retirada dulcemente arrulla, así, postrado á los piés de la que es el encanto de mi alma, le diré con arrullador y afectuoso acento:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza:
A Tí, celestial Princesa,

Virgen sagrada, María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón;
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.



XVI.

Junto al Sagrario.

S IEMPRE que penetro, oh Jesús mío, en tu templo santo, mis ojos buscan con envidia la afortunada lámpara que arde solitaria ante tu altar, consumiéndose en tu presencia divina, llenando de luz y de misteriosas sombras los ámbitos del Santuario. Y cuando tengo la dicha de hallarla, me prosterno, como ahora ante tus aras, fijando mis ávidas miradas en el Tabernáculo, donde estás preso de amor, ofreciéndote continuamente á la Justicia divina en sacrificio de expiación por los pecados del mundo.

¡Ay dulcísimo y riquísimo prisionero mío! ¿Quién te ha puesto en esta cárcel? ¿Quién te trajo á tanta estrechura? Si el cielo de los cielos es pequeño para contener tu majestad y grandeza, ¿quién te redujo á estrechez tanta? Si tú das libertad á todo el que la disfruta, ¿quién ha podido aprisionarte? ¿Qué cadena te sujeta á esta dulce prisión? ¡Ay amantísimo bien mío! La del amor infinito, cadena que jamás se rompe, es la que aquí te detiene cerca de mí, para que yo pueda contemplarte, recibirte, acompañarte, poseerte y consolarte.

¡Sí, consolarte! Tú has dicho, vida mía, que tienes tus delicias en morar con los hijos de los hombres, y al ver que éstos te abandonan, te dejan solo, y huyen de tu lado, ¿cómo es posible que á su manera no sienta desconsuelo tu divino Corazón, consolador de todos los tristes? Llenos están de gentes los paseos y las calles; concurridas las mansiones de los poderosos de la tierra; y tu mansión, ¡oh Dios todopoderoso! tu mansión, tu templo santo, tan vacío y solitario, que puedo á mi placer trasladar á estas

cuartillas los sentimientos de mi alma, sin temor de que humanos ojos se fijen en mí. ¿Cómo no has de sentir verte tan olvidado?

*
**

Tú mismo te ataste aquí con lazos de amor, y te hiciste prisionero para que los cristianos vinieran á contarte sus penas, á decirte sus pesares, á confesarte sus culpas y pedirte perdón de ellas. ¿Cómo no ha de apenarte verlos correr por el mundo, como caballos sin freno, ebrios de furor, locos y desatentados, buscando la muerte lejos de tí, que eres la vida del alma? ¡Oh engañados hijos de Eva! ciegos de entendimiento y duros de corazón.

¡Si supieran ellos, oh Jesús mío, las delicias que encierra tu tabernáculo! Si oyeran la dulcísima armonía, que vaga en torno suyo; si aspiraran los deliciosos aromas que se respiran á su alrededor; si gustaran la suavidad embriagadora que de él brota ¡ay! entonces vendrían aquí á consolarte, ó me-

jora aún, á ser por tí consolados; pues no hay mal para el que tú no seas remedio, ni pena que tú no consueles, ni aflicción que tú no alivies, ni llanto que tú no sepas convertir en gozo.

¡Oh, qué dulces son las lágrimas derramadas en tu presencia! Tú las haces brotar del corazón; ellas caen de los ojos como perlas de celestial rocío, y el fuego de tu amor las evapora y las hace subir al cielo, convertidas en benéfica y trasparente nebulilla, que vuelve de las alturas llena de bendiciones para fecundar la tierra estéril del humano corazón. Y fertilizado con el riego de sus lágrimas, el corazón árido y seco se torna en corazón amante, dispuesto á recibir las impresiones del amor divino.

¡Oh mi Jesús! y qué horas tan dulces se pasan entonces en la soledad del santuario, en ese misterioso y elocuente silencio en que tú hablas al alma lenguaje desconocido! Tú la haces saborear entonces dulzuras incomparables, la atraes, la embriagas y la obligas por amor á que te busque, á que sienta á par de muerte separarse de tí, y á

que desee ser tu prisionera, prisionera de amor, de un amor que nunca acaba, porque empieza en esta vida para perfeccionarse en la otra.

*
**

¡Pobre corazón humano! ven y verás cuán suave es el Señor, cuán amable mi dulce prisionero, el Dios escondido en el Sagrario. Su yugo es suave, porque es yugo de amor: ponlo sobre tu cuello, abraza su cruz, toma parte en su glorioso sacrificio, acércate á Jesús, únete á El y te inundará tal torrente de dulzuras, que vivirás sin que la pena te apene, sin que el pesar te apesare, sin que el dolor te duela, sin que la aflicción te aflija, sin que la amargura te amargue, ni la tribulación te atribule, porque vivirás en Cristo y Cristo en ti por amor.

¡Oh amor de mis amores, y dulce prisionero mío! Aprisioname aquí contigo en las redes de tu amor. Aprisiona mi pensamiento que anda descarriado por el mundo;

ata mi memoria para que no se acuerde de cosa terrena; prende á mi voluntad para que no se vaya tras las criaturas; encadena mi lengua y mis sentidos que andan sueltos para el mal; sujeta mis ojos para que no se vayan tras las vanidades del siglo; échale cadenas á mi corazón, cadenas de amor, que jamás se rompan. ¡Oh qué dulce cautiverio! ¡qué prisión tan deliciosa será vivir contigo en el Sagrario!

¡Oh Jesús de mi alma! ¡Quién me tuviera cautivo siempre contigo en esa cárcel! ¡Qué contento estaría, estando preso! ¿Cuán libre sería yo, viviendo así cautivo? Oh dulce prisionero mío, conviértete en carcelero y aprisioname contigo. ¡Anda! ¡Date prisal! ¿qué haces? ¿Por qué no me prendes? ¿Por qué no aprisionas para siempre este pobre corazón? Amor de mi alma, no seas corto! Préndeme! átame! hiéreme! mátame! que la vida más deliciosa que conozco es morir á tus manos. ¡Oh quién muriera de esa muerte y viviera de esa vida!

Bien sé, Amor mío, que no merezco ser tu cautivo; pero déjame que lo sea, déjame

reposar aquí junto á tu Sagrario y hacerte compañía en tu prisión. Nada valgo, porque soy nada; pero esta nada tiene un corazón que es tuyo, Jesús de mi vida; corazón que desea consumirse en las llamas de tu amor, como se consume la cera que arde en tus altares. Aquí te lo entrego, Dios mío; sólo por tí palpita, y en sus palpitaciones te pide que su último latido venga á perderse aquí al pie del tabernáculo, envuelto en el último suspiro de mi alma.

